



Londres

"Hispania"
1º Julio 1913

3-160

RECOGIDO EN "De esto
y de aquello" tomo III

LA SUPUESTA ANORMALIDAD ESPAÑOLA.

HE leído aquí mismo, en las columnas de esta *HISPANIA*, el artículo de B. Sanín Cano *La Raza incomprise*. Trabajo discreto y sensato.

Sin duda, tiene razón Sanín Cano, hay que ejercitar "el don de la humildad reconociendo que la raza, los paralelos, las cordilleras, ponen entre unas y otras mentalidades barreras infranqueables." Sí, pero todos somos hombres, y hay lo común humano, que es lo más propio de cada hombre, y esto es siempre franqueable y comprensible. ¿No han comprendido acaso los pueblos todos, unos más y otros menos, a Don Quijote y a Don Juan? "Extrememos el don de la tolerancia — añade Sanín Cano — acompañando con una leve sonrisa el convencimiento de no haber sido comprendidos. Podemos hallar en este ejercicio un ligero matiz de voluptuosidad." ¡Triste voluptuosidad!

Pero de lo que yo más me duelo no es de otros pueblos — vale más decir pueblo que no raza — no quieran o no puedan entender al nuestro, ¡no! de lo que más me duelo es de que aquí, en España mismo, haya tantos españoles que pasan por cultos, y sin duda los más de éstos lo son, que se empuñan en no mirar a su pueblo con sus propios y desnudos ojos y se pongan unas antiparras europeas, o lo que fueren, que les perturban la visión. Nunca me he explicado la razón de por qué un joven intelectual español que viene de tierras donde el ochenta por ciento de los intelectuales gastan lentes por tener la vista estropeada, sean miopes o présbitas, u otra anomalía cualquiera, se ha de poner también lentes teniendo la vista normal.

Mis lectores conocerán, sin duda, aquella graciosa paradoja de Bernard Shaw — en el prefacio de sus *Plays: Pleasant and Unpleasant* — cuando nos cuenta cómo un oculista le informó que su vista, la de Shaw, no le interesaba por ser *normal*. "Supuse naturalmente — nos dice Shaw — que esto quería decir que era como la de otro cualquiera, pero rechazó esta suposición como paradójica, y se apresuró a explicarme que era yo una persona excepcional y altamente afortunada en el respecto óptico, pues la vista *normal* confería el poder de ver las cosas exactamente, y no goza de ella sino un diez por ciento de la población, siendo anormales el noventa por ciento restantes. Inmediatamente me dí cuenta de la falta de éxito de mi ficción. Los ojos de mi espíritu, como los de mi cuerpo, eran normales; veían las cosas de diferente modo que los ojos de las otras gentes y las veían mejor." En cambio los miopes, añade yo, estiman que lo normal es la miopía.

Y de esa salida de Shaw me acordé hace poco al leer en un artículo de José Ortega y Gasset, publicado en *La Prensa* de Buenos Aires, que España es el pueblo más anormal de Europa. ¿Por qué? me pregunté; ¿cómo se hace así, tan arbitraria y caprichosamente, tan sin prueba alguna, tan infilosóficamente, es decir, tan españolamente, esta afirmación categórica? ¿Cuál es la medida de la normalidad? ¿Cuál la norma? ¿La posee el Sr. Ortega y Gasset? ¿La ve a simple y desnuda vista? ¿La ve a

que
que

EDAD
ANCA
SALES

través de unos lentes comprados fuera de España y sin haber graduado la vista ni haber graduado los lentes?

Porque lo terrible suele ser que hay quien sale de España con alguna anormalidad óptica, en efecto, y va y compra unas gafas, pero no las que le corresponden, y en vez de corregirse el defecto, se le acrecienta y cada vez ve peor. Y acaba por declarar anormal lo que ve y no a su propia vista.

Yo ni afirmo ni niego que nuestro pueblo sea o no anormal, y en el fondo ni me interesa siquiera tal problema ni estoy seguro de que le haya, porque no estoy seguro de que haya una norma, y me conformo con que cada cual sea como es; pero lo que sí afirmo es que muchos de los que declaran anormal a nuestro pueblo podrán no tener un

concepto muy claro de la normalidad, pero lo que sí es cierto es que no tienen una representación muy clara de lo que es su propio pueblo.

Cada uno de nosotros ve a su propio pueblo en sí mismo, el ejemplar y como compendio de él que tiene más a mano y al que más mira, y no me parece que sea excesivo el decir que los estudios de psicología colectiva de un pueblo cualquiera, hechos por un hijo del mismo pueblo, son estudios de psicología introspectiva. Pero si las gafas mal escogidas, compradas al azar, o poco menos, en el extranjero, son malas para mirar lo de fuera, son peores todavía para mirarse uno al espejo. Y son terribles esas caprichosas afirmaciones respecto de lo que nuestro pueblo sea hechas por españoles que se están mirando al espejo — y éste suelen tenerle en el ombligo, como los faquires — con antiparras que no corresponden a su anormalidad óptica.

“No son fáciles de entender” — dice de los españoles Sanín Cano. Yo no creo que seamos tan difíciles de entender. Los franceses, v. gr., con dificultad llegan a comprendernos, pero es que se empeñan en no ver en nosotros sino discípulos y remedadores de ellos. De cada diez hispanistas o hispanólogos — me gusta más esta segunda palabra, porque es, como los más de ellos, más ridícula — que vienen a estudiar nuestras cosas, los nueve por lo menos vienen a ver en qué sufrimos la influencia de los ingenios de su país. Y si el hispanólogo lo es profesional, de agregación, y erudito, hay que echarse a temblar.

Tenemos, por lo que hace a Francia, una gran desdicha. Los hombres que allí valen y significan algo en la vida de la cultura, del arte, de la ciencia, o no nos conocen en absoluto ni sienten el menor interés en estudiarnos, o cuando se fijan en nosotros es para revestir cualquier fantasía suya de un ropaje español de pura convención. Y esto hasta los que vislumbran algo el fondo de nuestra alma. Y en cambio los que conocen nuestra lengua — y algunos de ellos maravillosamente bien — y nuestra literatura y nuestra historia, son hombres, es decir: son profesores que ni piantan ni significan nada en su país. Y nada quiero decir ahora aquí de los hispanólogos de oficio y profesionales, de los profesores de hispanología, de los de agregación, de esos cruiditos inanimados a la busca de tesis para monografías, y a quienes el fondo vivo espiritual de las cosas mismas que estudian les tiene sin cuidado. Estos señores, autores de obras doctísimas, muy sabias, muy documentadas, muy

metódicas, muy bien compulsadas, nos hacen muchísimo más daño que aquellos otros fantaseadores a que antes aludía. Cien veces mejor un Teófilo Gautier que un Morel-Fatio; antes un Mauricio Barrès que un Martinenche! Vale más equivocarse con alma que acertar sin ella. Es decir, ¡acertar, no! Eso no es acertar.

En Inglaterra, en Italia, etc., ya nos va mejor. Y en cuanto a Alemania, es ésta desde hace algunos años una nación de faquires que se pasan la vida contemplando el ombligo imperial germánico o cada uno su propio ombligo, y cuya ignorancia actual respecto a lo que dicen y hacen y sienten otros pueblos es enorme. Les basta con la Categoría, que es la Norma (mayúsculas, por supuesto, como todo lo alemán). Con unos cuantos dicterios desdeñosos se desembrazan de lo que no pueden comprender. Acabo de leer la *Lógica* de uno de esos faquires, de un saduceo, y lógica del conocimiento puro, del puro, ¿he? y el autor, con llamarle á algo medieval, o mítico, o místico, o romántico, cree haberlo pulverizado. Llega a decir que hay que dejar a Dios fuera de juego, pues es un interés de la Edad Media: *Lassen wir aber Gott aus dem Spiele; entsagen wir allen Interessen des Mittelalters*. Para estos saduceos henchidos de petulancia matemática, más o menos infinitesimal, y que nada ven sin antiparras, el pueblo español no puede ofrecer interés alguno, porque acaso sigue viviendo, ¡y loado sea Dios si es así! en plena Edad Media. Lo que quiere decir que nos aguarda nuestro renacimiento, el nuestro, el minúsculo, no el otro, el pomposo y jactancioso, no el Renacimiento mayúsculo, el de las antiparras.

“A más de eso — añade Sanín Cano — ¿puede decirse que ellos (los españoles) comprenden la conformación espiritual de los otros pueblos? Sus guerras, sus desastres, la manera como sostuvieron su dominio sobre la mitad del planeta, están pregonando que ellos no entendieron lo que significaba históricamente la mitad del género humano.” ¿Quiere acaso decir esto que porque fueron vencidos nuestros abuelos y perdieron sus dominios en Europa y América no entendieron á los pueblos a que sometieron primero y

por los que fueron rechazados luego? ¿Es la victoria el índice de la comprensión? Así parece entenderse en casi todo el resto de Europa. No tuvieron razón los españoles, porque fueron vencidos. Pero ¿es que lo fueron realmente? ¿es que nos echaron de Europa? ¿es que nos echaron de América? ¿Fue acaso Don Quijote vencido?

“Don Quijote es — dice en el mismo citado artículo de *La Prensa* Ortega y Gasset — un heroe poco inteligente En su espíritu sólo habrá algún que otro montón de pensamientos rodados como los cantos marinos.” (Más bien fluviales, porque los cantos rodados se encuentran en los ríos mucho más que en el mar.) “La prueba está en que su autor no tuvo nada que ver con la Inquisición.” ¡Estupenda prueba! ¡Prueba matemática! “Fue un hombre de corazón: ésta era su única realidad. . . .” Y es preferible esta última realidad a las realidades matemáticas de quienes carecen de corazón o no lo sienten ni lo ven en sí mismos porque las antiparras se lo impiden. “Fue un hombre de corazón: ésta era su única realidad, y en torno a ella suscitó un mundo de fantasmas inhábiles.”



¿Qué es un fantasma inhábil? “Fué un hombre sin ideal; porque tan burlesco afán como el suyo no merece que se le llame ideal. . . .” No, el de querer sobrevivir y eternizarse no merece ser llamado ideal, es burlesco, esto es: mítico, místico, medieval, romántico, anormal. . . . “Yo siempre he lamentado que en la biblioteca de Don Quijote no se hallaran los *Eroici Furori* de Giordano Bruno, o algún tratado de matemáticas.” ¡*Tableau!* Pero si Don Quijote no sacó su ideal, aquel burlesco ideal que ni siquiera merece ser así llamado, si no le sacó de la lectura de los libros de caballerías! ¡No, no, y cien veces no! Le sacó de la contemplación de Aldonza Lorenzo, a la que amó en silencio tantos años, y de la que hizo Dulcinea. De los tratados de matemáticas, leídos sobre todo con antiparras, habría sacado un ideal que mereciese ese nombre, pero Don Quijote no fué un idealista, no, no fué, gracias a Dios, gracias al Dios Espíritu, no lo fué; Don Quijote fué un espiritualista, que es muy otra cosa, y que debe quedar para los que creen en la Idea Dios. Don Quijote ni creyó en la Idea ni la buscó; creyó en el Espíritu, en el Santo Espíritu que flota sobre las aguas tenebrosas.

“Hay quien prefiere a Alonso Quijano el Bueno; otros a Don Quijote. Yo hubiera querido mejor que otra cosa un Alonso Quijano el Sabio. Es cuestión de apetitos.” Así concluye Ortega y Gasset. Y yo, por mi parte, me alegraría de que Alonso Quijano se hiciese sabio, si pudiera hacerse tal sin dejar de ser bueno, pero la experiencia me ha enseñado que siendo como es español Alonso Quijano, eso es casi imposible. Yo no sé lo que pasará en otras partes, aunque sospecho. . . . Pues bien, no, no quiero para mi patria un Alonso Quijano el Sabio, es decir, sabio matemático, profesor; no, no quiero un Alonso Quijano con quevedos, que se pase el tiempo mirándose al espejo — y acaso a un espejo que deforma — no quiero un Alonso Quijano sabio que, hablándole a su pueblo en lengua que éste no entiende, se queje de que no le entiende y le acuse de torpe de entendederas, cuando no de algo peor. No quiero a Alonso Quijano henchido de ciencia vana que hincha y no conforta, como el apóstol dijo. Y si el pueblo español es, como dicen los que tienen la filosófica audacia de afirmar, el pueblo más anormal de Europa, — lo que supone un perfecto conocimiento de los pueblos todos de Europa, y además del español — quiero para él un Alonso Quijano anormal también, pero sin antiparras, que mire a ojos desnudos a sus hermanos, a los que le rodean y se vea en ellos, y que, sin necesidad de estudiar matemáticas, se meta a castigar a Juan Haldudo, y a libertar a los galeotes, y a dar que reír a los idealistas.

Porque los españoles parece que decimos, así lo dice á lo menos Ortega y Gasset, en un delirio de franqueza: “Nosotros no entendemos claramente esas preocupaciones universales a cuyo servicio y fomento se dedican otras naciones; no queremos ser sabios ni ser religiosos; no queremos ser justos, y menos que nada nos pide el corazón prudencia. Sólo queremos ser grandes.” ¿De quién es esa franqueza? ¿Quién dice eso? ¿Puede ningún español que mire y vea a ojos desnudos afirmar que decimos tal cosa? ¿De quién es esa concesión de delirante franqueza? ¿Quién se atreve



a afirmar, con nuestra historia pasada y presente a la vista desnuda, que no queremos ser sabios, ni religiosos, ni justos, ni prudentes? ¿De qué sabiduría? ¿de qué religiosidad? ¿de qué justicia? ¿de qué prudencia? Eso no

cabe afirmarlo sino mirando a nuestra historia y a nuestra vida de hoy con antiparras ahumadas, completamente ennegrecidas. Y ya se sabe lo que pasa cuando uno se pone gafas enteramente negras. Y no es precisamente que no se ve.

La sabiduría, la religiosidad, la justicia, la prudencia, la bondad son una cosa, y la matemática es otra. Hay hombres muy piadosos, muy justos, muy prudentes, muy buenos y hasta muy sabios que ignoran el binomio de Newton, y hay saduceos muy sabios en matemática y en cálculo infinitesimal y en lógica que tienen poco, muy poco, de piadosos, ni de justos, ni de prudentes, ni de buenos. Su característica suele ser el desdén de lo que no comprenden o no quieren comprender, y sobre todo el desdén — más o menos fingido — hacia aquellos que o no les comprenden, o no les pueden comprender porque no les hablan en su lengua. Y cuando uno quiera convertir al otro, lo primero que tiene que hacer es aprender la lengua de este otro. Ahora, si de lo que en rigor trata no es de convertirle, sino de

Mas de esto otra vez.

MIGUEL DE UNAMUNO.

SALAMANCA, *Junio de 1913.*

